

ESCALA EN JAPÓN

RUDYARD KIPLING



I

Diez horas en Japón

Las costumbres y tradiciones
de su pueblo, la historia de su Constitución,
sus productos, su arte y su civilización,
sin olvidar un almuerzo con O-Toyo
en una casa de té



*No puedes esgrimir el báculo en el aire
ni sumergir el remo en la laguna,
mas labra allí su proa en la belleza,
y las olas de tus versos más que el remo avanzan.*
—R. W. Emerson, *Poemas*, 1847.

ESTA MAÑANA, tras las penurias de una noche de vaivenes, el ojo de buey de mi camarote me mostró dos grandes rocas grises salpicadas de vetas verduzcas y coronadas por dos raquíuticos pinos de color negro azulado. Al pie de las rocas, una barca, que por su color y su primorosa factura podría haber sido tallada en madera de sándalo, agitaba una rizada vela de blanco marfil al viento de la mañana. Un muchacho de piel añil y rostro ebúrneo tiraba de una maroma. La roca, un árbol y la barca componían el panorama de un biombo japonés, y percibí que aquel país no era irreal. La vida en la Tierra ofrece muchos placeres a sus hijos, pero entre sus dones hay pocos comparables al deleite de entrar en contacto con un nuevo país, con una raza completamente extraña y costumbres diferentes. Aunque se hayan escrito volúmenes y volúmenes sobre Japón, todo el que llega aquí por vez primera se ve a sí mismo como un nuevo Hernán Cortés. Y yo me encontraba en el Japón de los gabinetes de curiosidades y la ebanistería, de la gente amable y las buenas maneras; en Japón, de donde vienen el alcanfor, la laca y las espadas de piel de escualo; en una —¿cómo lo expresan los libros?— nación de artistas. Cierto es que sólo íbamos a estar doce horas en Nagasaki antes de partir hacia Kobe, pero en tan solo doce horas es posible atesorar una buena colección de nuevas experiencias.

Un tipo despreciable vino a mi encuentro, en cubierta, con un deslucido folleto azul, de cincuenta páginas, en su mano.

—¿Ha visto usted —me preguntó— la Constitución de Japón? La elaboró el propio Emperador apenas el otro día. Está enteramente escrita con caracteres europeos.

Tomé el folleto y me encontré con un texto constituyente completo, sellado con el crisantemo imperial, un pequeño bosquejo de representatividad, reformas, sueldos de diputados, estimaciones presupuestarias y legislación. Si se analiza a fondo este texto, vemos que resulta terrible por ser tan patéticamente británico.

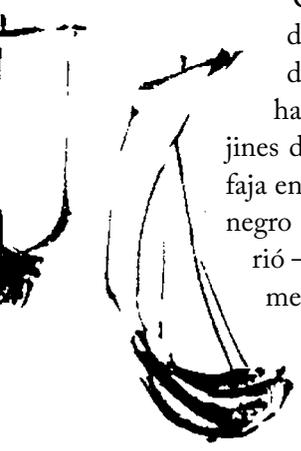
Mi mente bien predispuesta se complacía en apreciar que el verdor amarillento de las colinas que rodean Nagasaki era distinto al verde de otras tierras. Era el verde de una estampa japonesa, y los pinos eran pinos de estampa japonesa. La propia ciudad apenas se distinguía de su bullicioso puerto. Embutida entre colinas, la zona comercial —un malecón mugriento— parecía desierta y descuidada. Me alegró comprobar que en Nagasaki la actividad comercial pasaba por su peor momento. Los japoneses no deberían tener nada que ver con los negocios. Cerca de uno de los embarcaderos estaba atracado un barco de “los malos”, un vapor ruso procedente de Vladivostok. Su cubierta estaba atestada de toda clase de desechos, el aparejo parecía tan sucio y descuidado como el cabello de una sirvienta de pensión barata, y sus costados eran inmundos.



—He aquí —dijo uno de mis paisanos— un hermoso espécimen de Rusia. Debería usted ver a sus militares, son igual de sucios. Algunos vienen a lavarse a Nagasaki.

Esta era una opinión parcial y tal vez inexacta, pero me puso del mejor humor mientras descendía al muelle y un joven —con una gorra adornada por un escudo plateado en forma de crisantemo y ataviado con un uniforme germánico demasiado grande para su talla— me dijo, en un inglés impecable, que no entendía mi idioma. Se trataba de un funcionario de aduanas japonés. De haber sido más larga nuestra escala, me habría dado tiempo de

apiadarme de su apariencia mestiza —en parte francés, en parte alemán, en parte americano—, un homenaje a la civilización. Parece que todos los funcionarios japoneses, desde la policía hasta grados más altos, visten a la europea, y esas indumentarias nunca las favorecen. Creo que el *Mikado*¹ las concibió al mismo tiempo que la Constitución. A la larga acabarán por sentarles bien.



Cuando el *rickshaw*², tirado por un bello jovencito de piel de manzana y cara de vasco, me introdujo en el escenario del *Mikado*³, acto primero, no grité de placer porque aún habitaba en mí cierta dignidad hindú. Me recliné en los cojines de terciopelo y sonreí sensualmente a Pitti-Singh⁴, con su faja en la cintura, tres grandes horquillas prendidas en su cabello negro azulado y sus zuecos de tres pulgadas en los pies. Ella se rió —como aquella joven birmana en la vieja pagoda de Moulmein—, y su risa, la risa de una dama, fue mi bienvenida a

Japón. ¿Pueden estas gentes dejar de reír? Creo que no. Verán ustedes calles tan llenas de niños, a millares, que los mayores han de permanecer jóvenes a la fuerza para que los pequeños no se aflijan. Nagasaki parece habitada íntegramente por niños. Los adultos existen como por casualidad. Una niña de cuatro pies de alto pasea con una niña de tres, la cual lleva de la mano a una niña de dos pies de alto que a su vez lleva a la espalda a uno de un pie que... no me creerían si les dijera que la escala descende hasta las seis pulgadas de las

¹ Término con el que se hacía referencia al emperador de Japón. [Todas las notas al pie de este texto, “Escala en Japón”, de Rudyard Kipling, son del traductor.]

² Vehículo ligero de dos ruedas que se mueve por tracción humana.

³ Alusión a una ópera cómica de gran éxito, ambientada en Japón, titulada *The Mikado*; or, *The Town of Titipu*, y estrenada en Inglaterra en 1885.

⁴ Personaje femenino de la ópera cómica *The Mikado*.

muñequitas japonesas como las que suelen vender en Burlington Arcade. Estas muñecas se menean y ríen. Van envueltas en un camisón azul sujeto por un fajín que, a su vez, va prendido al camisón de quien las lleva. De modo que, si se desatara el fajín, la niña y su hermano, poco mayor que ella, quedarían desvestidos a la vez. Vi a una madre hacerlo y fue exactamente como si pelara un huevo duro.

Si buscan ustedes pintorescos colores, escaparates deslumbrantes y una iluminación cegadora, no encontrarán nada de todo eso en las angostas calles empedradas de Nagasaki. Pero si lo que desean es disfrutar de los detalles de las construcciones, de estampas de limpieza perfecta, de un gusto exquisito y de la exacta subordinación de lo que se hace a lo que se necesita, encontrarán lo que buscan y todavía más. Todas las cubiertas de las casas tienen el color mate del plomo, ya sean de tejas o de baldosas, y todas las fachadas son del color que Dios puso a la madera. No hay humos ni neblinas, y bajo la luz diáfana de un cielo nublado, podía distinguir el callejón más estrecho como si estuviera en el interior de un gabinete.

Hace tiempo que los libros han descrito cómo es una casa japonesa, principalmente con pantallas deslizantes y biombos de papel, y todo el mundo conoce la historia del ladrón de Tokio que usaba para sus hurtos unas tijeras, a modo de palanca o de barrena, y que robó los pantalones del cónsul. Pero todo lo publicado no bastaría para apreciar el acabado exquisito de una vivienda en la que se podría entrar de un puntapié y reducirse a astillas con los puños. Observemos la tienda de un *bunnia*⁵. Vende arroz, chile, pescado seco y cucharas de bambú. La fachada de su establecimiento es muy sólida. Está hecha de tablones de

⁵ Comerciante hindú.

media pulgada unidos con clavos. No hay ni uno roto y todos están perfectamente dispuestos. Pudoroso por la exagerada fortificación de su casa, cubre la mitad de la fachada con papel aceitado, distribuido en piezas de un cuarto de pulgada. No hay ni un solo agujero en estos cuadrados de papel, y ninguno de ellos, que en países más incivilizados serían de un vidrio resistente, se sale de la alineación. Y el *bunnia*, vestido con un batín azul, con los pies cubiertos por gruesas medias blancas, se sienta al fondo de su local, no entre sus mercancías, sobre una esterilla de paja de arroz de color oro pálido y bordeada con una tira negra. Esa estera mide dos pulgadas de grosor, tres pies de ancho y seis de largo. Uno podría, si fuera lo bastante inescrupuloso, comer sobre cualquier parte de su superficie. El *bunnia* descansa con su arrugado brazo azul rodeando una gran estufa de cobre batido, en el que hay un terrible dragón trazado con leves incisiones. El brasero está lleno de cenizas de carbón, pero no hay ceniza en la estera. Junto al *bunnia* hay una bolsa de cuero verde, atada con un cordoncillo de seda rojo, que contiene tabaco de hebras tan finas como fibras de algodón. El *bunnia* llena una larga pipa lacada en rojo y negro, la enciende con el carbón del brasero y de dos bocanadas la vacía. La estera no se ha manchado. Tras el *bunnia* hay un biombo de junquillo y bambú. Este oculta una habitación con el piso de oro pálido, techada con paneles de cedro virgen. En ella no hay nada más que una manta extendida, de color rojo sangre y tersa como una hoja de papel. Más allá de la habitación hay un pasillo de madera tan bien pulida que refleja el blanco de la pared empapelada. Al final del pasillo y claramente visible para este *bunnia*, hay un pino enano de dos pies de alto dentro de un tiesto verde vidriado y, junto a él, una rama de azalea roja, como la manta, puesta en una maceta esmaltada en gris claro. El *bunnia* la ha colocado ahí para su propio recreo y el deleite de su vista, porque le complace. Sus gustos nada tienen que ver con los del hombre blanco, y mantiene su casa impoluta porque ama la

limpieza y sabe que es estética. ¿Qué se puede objetar a un *bun-
nia* como este?

Quizás, en el norte de la India, su hermano viva tras una fachada de tosca madera ennegrecida por el tiempo, pero... no creo que se ocupe sino del tulsi⁶ que tiene plantado en una maceta, y sólo por complacer a los dioses y a las mujeres de su familia.

Dejémonos de comparaciones entre esos dos hombres y sigamos adentrándonos en Nagasaki.

Salvo los horrendos oficiales que insisten en parecer europeos, la gente común no se desvive por vestir los inadecuados atuendos de Occidente. Los jóvenes llevan sombreros de fieltro, ocasionalmente abrigos y pantalón, y a veces, botines. Es algo despreciable. Dicen que en las ciudades más populosas la vestimenta occidental es más la regla que la excepción. De ser cierto esto, me inclino a creer que los pecados que cometieron sus antepasados al convertir en filetes a los misioneros jesuitas están siendo expiados por los japoneses mediante una desaparición parcial de sus instintos artísticos. Claro que el castigo parece excesivo en proporción al delito.

Pasé luego a admirar las mejillas lozanas de los transeúntes, los hoyuelos del rostro de los rollizos bebés y lo ajeno que me resultaba todo a mi alrededor. Es extraño encontrarse en una tierra pura y más extraño aun pasear entre casas de muñecas. Japón es un país gratificante para un hombre de baja estatura. Nadie se alza sobre él y puede mirar desde arriba a todas las mujeres, lo cual resulta correcto y apropiado. Un vendedor de curiosidades se inclinó ante mí sobre el felpudo de su puerta y pasé adentro,

⁶ Arbusto de la India parecido a la albahaca y al que se le confiere un carácter sagrado.

sintiéndome por primera vez un bárbaro y no un auténtico *sahib*⁷. El barro de las calles cubría mis zapatos pero él, el perfecto comerciante, me invitó a entrar en una estancia interior de suelo pulido y alfombras blancas. Trajo un felpudo para que limpiara mis zapatos, lo que solo empeoró las cosas, tanto como para que una linda muchacha que había en una esquina se riera con disimulo ante mis esfuerzos. Los tenderos japoneses no deberían ser tan limpios. Penetré por un pasadizo de unos dos pies de ancho y me topé con una joya de jardín, formado por árboles enanos, que ocupaba la mitad de la superficie de una pista de tenis. Me di un cabezazo contra un frágil dintel, entré en una habitación primorosa y allí, involuntariamente, bajé la voz. ¿Recuerdan *Cuckoo Clock*⁸, de la señora Molesworth, y el gran gabinete en el que entró Griselda con el cuco? Yo no era Griselda, pero mi amigo de voz dulce y largo y delicado autendo, sí era el cuco, y el cuarto era el gabinete. Intenté consolarme una vez más con la idea de que podría hacer añicos a patadas la casa entera; pero eso sólo hizo que me sintiera más monstruoso, bruto y sucio, y ese era un estado poco favorable para el regateo. El hombre-cuco hizo que trajeran un té claro —justo de esa variedad de la que se habla en los libros de viaje— que completó mi turbación. Yo quería decir: “Mire, es usted demasiado pulcro y refinado para esta existencia terrenal, y su casa no es apta para que la habite un hombre hasta que haya comprendido un montón de cosas que nunca le fueron

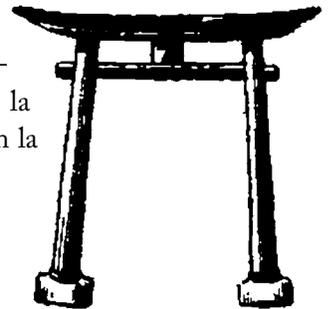
⁷ *Sahib* (del urdu y árabe, amigo o compañero) es el honorífico árabe que equivale a Señor o Don. En la India Británica, *sahib* era también un estilo formal, utilizado como un título adicional para aristócratas nativos, incluyendo a soberanos de algunos estados y a ciertos miembros de sus dinastías.

⁸ *The Cuckoo Clock* (“El reloj de cuco”) es un cuento infantil publicado en 1877 por la escritora británica Mary Louisa Molesworth (1839-1921).

enseñadas. Por lo tanto, le odio porque me siento inferior a usted, y usted me desprecia a mí y a mis zapatos porque me ve como un salvaje. Deje que me vaya o le pondré su casa de cedro por sombrero”. Lo que realmente dije fue: “Oh, ah, sí. Todo muy lindo. Un modo ciertamente peculiar de hacer negocios...”.

El hombre-cuco resultó ser un tremendo chantajista; y me sentí incómodo y ahogado hasta que salí afuera y fui de nuevo un británico pisafangos. Ustedes nunca habrán entrado por error en un saloncito de trescientos dólares, de modo que no me comprenderán.

Llegamos al pie de una colina que podría muy bien haber sido la de la pagoda de Shwedagon. Hasta arriba hay una dura ascensión por unos peldaños grises, oscurecidos por el tiempo, jalonda aquí y allá por monumentales *torii*s. Todo el mundo sabe que es un *torii*. Los hay en el sur de la India. Un magnífico rey toma nota del lugar donde desea levantar un gran arco pero, por ser rey, lo hace con piedra y no con tinta, levantando en el aire dos vigas y un travesaño, de cuarenta o sesenta pies de alto y veinte o treinta de ancho. En el sur de la India, el travesaño es curvo. En el Lejano Oriente, sus extremos sobresalen de las vigas verticales. Esta definición no concuerda con lo que dicen los tratados, pero uno está perdido si empieza a consultar libros cuando llega a un país nuevo. De la ladera colgaban grandes pinos verdeazules o verdinegros, viejos, retorcidos y jorobados. El resto del follaje era de un tono más pálido, pero los pinos daban la nota de color junto al azul de los atuendos de las pocas personas que poblaban la escalinata. No lucía el sol en el cielo, pero puedo asegurar que su brillo habría malogrado la escena. Ascendimos durante cinco minutos —yo, el profesor y la cámara fotográfica—, luego nos giramos y vimos los tejados de Nagasaki extendidos a nuestros pies: un mar plomizo y parduzco moteado de un rosa pastel por la floración de los cerezos. Las colinas que rodeaban la



ciudad estaban pobladas de espacios para el reposo de los muertos, con bosquesillos de pinos y gráciles bambúes.

—¡Qué país! —dijo el profesor, montando su cámara—. ¿Se ha dado cuenta de que donde quiera que vamos siempre hay alguien que sabe cómo cargar con mi equipo? El conductor del *ghari*, en Moulmein, me dejó a mano los filtros fotográficos; aquel hombre de Penang también sabía de qué iba la cosa; y el culi⁹ del *rickshaw* ya había visto antes una cámara. Es curioso, ¿verdad?

—Profesor —dije—, se debe a la extraordinaria circunstancia de que no somos los únicos habitantes de la Tierra. Empecé a darme cuenta en Hong-Kong y se hace cada vez más evidente. No me sorprendería que resultásemos ser personas corrientes, al fin y al cabo.

Entramos en un patio donde había un caballo de bronce de aspecto maligno que contemplaba a dos leones de piedra; un grupo de niños charlaba. Existe una leyenda referida a este caballo de bronce que puede encontrarse en las guías de viaje. Pero la verdadera historia de la criatura es que fue realizada, hace mucho, por un Prometeo japonés con marfil fósil de Siberia, que cobró vida y que tuvo muchos potros, cuyos descendientes se parecen extraordinariamente a su antepasado. El correr de los años casi ha eliminado el marfil de su sangre, pero aflora todavía en las crines y en su cola de tonos claros; y el abultado vientre y las admirables patas del caballo de bronce pueden encontrarse hoy en día entre los caballitos de tiro de Nagasaki que transportan albardas adornadas con terciopelo y tela roja, llevan zapatos de hierba en sus patas traseras y parecen caballitos de feria.

⁹ En la India, China y otros países de Oriente, trabajador o criado indígena.